

el país, no menos tenaz, envió á Berlín una mayoría hostil al gabinete.

Decididamente Prusia, á fuerza de agitarse á sí misma, amenazaba agitar á Europa. ¿Qué quería el gobierno de Berlín? Y sobre todo, ¿quién era ese Sr. de Bismarck que de repente se había conquistado una celebridad tan ruidosa? En Francia todo aquello no producía perturbación alguna, y en cuanto á aquel personaje que con tanta facilidad se desembarazaba de los diputados, resultaba un personaje de todo punto divertido. Por otra parte, ¿por qué habíamos de sentirnos perturbados? Hacía poco, el rey Guillermo había ido á Compiègne y se había mostrado muy solícito, y todavía se escuchaba el eco de sus palabras acariciadoras. En Austria la opinión no se manifestaba tan optimista, y no faltaba quien denunciara ya la actitud agresiva del hombre de Estado prusiano, á quien se acusaba de querer extender su influencia por toda la Alemania del Norte, y á quien, por encima de todo, se juzgaba comprometedor é insidioso. En marzo de 1863, el Sr. de Rechberg decía á nuestro embajador, el Sr. de Gramont: «He recomendado al conde Karolyi, nuestro enviado en Berlín, que sea muy parco en entrevistas y conversaciones con el Sr. de Bismarck, porque éste sabe sacar partido de las circunstancias más insignificantes para desnaturalizar su carácter y hacerlas redundar en beneficio de sus proyectos (1).» Todas las personas que habían conocido al jefe del gabinete de Berlín en sus residencias diplomáticas, en Francfort, en San Petersburgo y en París, eran objeto de curiosos interrogatorios, á los que aquéllos respondían casi del mismo modo: Bismarck había en todas partes asombrado y deslumbrado á sus colegas por la riqueza de sus combinaciones, por la abundancia de sus ideas, por la prontitud de sus agudezas y por la libertad de sus juicios. Lo que más sorprendía en él era una extraordinaria indiscreción de lenguaje que llegaba á desconcertar y que lo mismo podía ser refinamiento de habilidad que extremada franqueza. Su figura atraía invenciblemente las miradas y los ojos que una vez se fijaran en él no podían dejar de contemplarlo. Tales eran las apreciaciones que se formulaban, pero no pasaban de aquí y las más de ellas no osaban aventurarse á pronosticar el porvenir. ¿Sería aquel personaje un hombre de Estado perseverante y afortunado, como había sido un diplomático original? ¿Asombraría algún día al mundo con sus actos ó se concretaría á distraerlo con su ingenio y

(1) Correspondencia inédita del duque de Gramont.

escandalizarlo con sus atrevimientos? ¿Pasaría como un meteoro? ¿Se impondría, por el contrario, á su rey y á su país?

Nadie lo sabía entonces y nadie lo habría sabido jamás si las circunstancias no hubiesen venido oportunamente á poner en evidencia al que entonces se hallaba en los comienzos de su fortuna. Esta es la ocasión de admirar cómo en aquella historia de la grandeza prusiana, tan cruel para nosotros, colaboraron juntamente los acontecimientos y los hombres en la elevación del pueblo que tan alto había de subir. ¿Cuánto tiempo no habría necesitado Prusia, después de la humillación de Olmutz, para desembarazarse del Austria é imponerse á Alemania, si no hubiese surgido Guillermo I en quien se encarnaban todas las aspiraciones de su dinastía? ¿Y Guillermo I no se habría desalentado desde un principio, sea por indecisión ó por escrúpulos, sea por falta de recursos ó de genio, si no hubiese tenido á su lado á Bismarck? ¿Y, finalmente, Bismarck no habría tenido que luchar con la impotencia si el estado de perturbación en que se encontraba Europa no hubiese favorecido, y en un grado increíble, el desenvolvimiento de sus planes? Dos grandes complicaciones estallaron en la Europa meridional en aquel año de 1863, la *revolución polaca* y la *cuestión de los ducados daneses*, y nunca se ponderará bastante la influencia que estos acontecimientos, aun el primero, ejercieron en los destinos de Prusia: fueron para Bismarck los dos favores insignes que le otorgó la fortuna y sin los cuales su genio no hubiera podido desenvolverse libremente. La insurrección polaca fué la ocasión maravillosa que aseguró á Prusia el apoyo moral de Rusia frente del Occidente; y la cuestión de los ducados daneses fué el ensayo en un campo pequeño de todo lo que luego había de representarse en un teatro grande. Vistos á distancia y en el porvenir, que sólo distinguirá las cimas de las cosas, estos dos episodios (aun el primero, lo repito) se fundirán en el conjunto de las transformaciones que, trastornando el Nordeste de Europa, han consagrado la preponderancia prusiana, y serán como el prefacio de esta preponderancia, prefacio tan estrechamente adherido al libro que será imposible separarlo de él. Antes de abordar el gran conflicto austro-prusiano, causa y preludio de nuestras propias desgracias, es interesante conocer las desdichas de Polonia y las de Dinamarca: en los relatos de las mismas no siempre aparecerá Bismarck, pero en definitiva todo se derivará de él y él dominará todo el drama, aun en los momentos en que se agitarán en primer término actores secundarios.

LIBRO VIGÉSIMOSÉPTIMO

LA INSURRECCIÓN POLACA

- SUMARIO: I (*Extracto del texto de La Gorce*).—Polonia en el Congreso de Viena en tiempo de Alejandro I y de Nicolás.—Qué sentimiento despertaba Polonia en Europa y especialmente en Francia.—El advenimiento de Alejandro II; esperanzas defraudadas; primeras señales de irritación.—Las manifestaciones pacíficas: su carácter; la *nación de luto*: concesiones y represión.—Medida relativa al reclutamiento; cómo se ejecuta; estalla la insurrección.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—Por qué la cuestión polaca puede interesar á los contemporáneos.—Cómo entra Bismarck en escena; misión del general Alvensleben en San Petersburgo: *tratado del 8 de febrero*.—Impresión en Londres, en Viena y en París: proyecto de nota idéntica y cómo es desechado: de qué modo se apacigua el incidente: razones por las cuales merece ser recordado.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—Disposiciones del gobierno imperial respecto de Polonia: reserva que le imponían sus relaciones cordiales con Rusia; con qué cuidado se abstiene el emperador de excitar la opinión pública y de alentar á los polacos: cómo persevera en esta actitud aun después de la medida de reclutamiento.—Actitud menos reservada de Inglaterra y proposiciones que llegan de Londres.—Repugnancias persistentes de Francia á formular reclamaciones oficiales.—Discusión en el Senado: discurso del Sr. Billault.—Napoleón parece haber acariciado en aquel entonces el plan de una política más activa que podía ser causa de la guerra: entrevista del Sr. de Rechberg y del duque de Gramont: el príncipe de Metternich en Viena: resultado de estas negociaciones.—Napoleón tiene que formular, á pesar suyo, reclamaciones oficiales: cómo le obligan á ello el estado de Polonia y el de la opinión pública en Francia.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—La campaña diplomática: primera amonestación: opinión de Gortschakoff y del mismo zar: cuál es la respuesta del Canciller.—Negociaciones de las tres potencias con miras á una nueva intervención; esfuerzos combinados entre San Petersburgo y Berlín para apartar al Austria de la alianza occidental y fracaso de estos esfuerzos.—Segunda amonestación: los *seis puntos*: réplica de Gortschakoff; su contraproposición: irritación en París y en Londres; circunstancias un tanto críticas.—Tercera amonestación: altanería con que el gobierno ruso pone término á la discusión.
- V.—Últimos esfuerzos en favor de Polonia: ¿se reconocerá á los polacos como beligerantes? Proyecto de Congreso (5 de noviembre de 1863): cómo es acogido este proyecto: despacho de lord Russell.—Fin de la insurrección.—Qué se han hecho nuestras simpatías polacas: influencia que los sucesos de Polonia han ejercido sobre la política general de Europa: de qué modo favorecieron estos sucesos los propósitos de Prusia.

I

El tratado de Viena había consagrado el reparto de Polonia, pero á disgusto y como con remordimiento, pues aun manteniendo la iniquidad, hubiérase querido disimularla á los ojos del mundo y desarmar á las mismas víctimas. Estas ideas de reparación, tímidas y parciales, fueron consignadas en el acta final del Congreso. El zar, dueño del gran ducado de Varsovia, debía adoptar el título de rey de Polonia.

Al *reino*, que así se denominaba al gran ducado, se le dotó de un gobierno autónomo; establecióse en él una Dieta compuesta de dos Cámaras que habían de reunirse cada dos años durante treinta días; proclamóse la libertad de imprenta y se decretó la organización de un ejército nacional. Tal era en sus rasgos principales la Constitución de noviembre de 1815.

Pero este feliz acuerdo duró muy poco; la Dieta se reunió en 1818 y 1820, y después, cuando la Constitución comenzó á caer en desuso, sólo fué convocada dos veces con intervalos de cinco años. En el entretanto, Nicolás había sucedido á Alejandro; la prensa fué más rigurosamente vigilada y la policía general volvióse más quisquillosa, al propio tiempo que las sociedades secretas, propagándose por todo el reino, atraían á todas las almas inquietas ávidas de movimiento, y á todas las

almas ardientes ansiosas de una regeneración nacional. Así estaban las cosas, cuando se tuvo noticia de la revolución parisiense de 1830, noticia que causó agitación grande, bien que de momento contenida. En la noche del 29 de noviembre estalló una conjuración en Varsovia: Nicolás se obstinó en la defensa íntegra de sus derechos soberanos y los insurrectos en el logro de sus esperanzas de una completa independencia, y la Dieta, reconstituída, proclamó la caída de los Romanoff y creó un gobierno provisional. Lo que empezó por motín acabó en guerra, y guerra sin cuartel. Los polacos tuvieron sus días de gloria en Grochow y luego sus largos días de luto y sus divisiones aumentaron las probabilidades de triunfo de sus enemigos. La lucha se prolongó diez meses, con toda clase de episodios heroicos y atroces. Nada pudo vencer la constancia de los insurrectos, ni las nieves del invierno, ni los ardores estivales, ni la superioridad numérica aplastante de sus adversarios, ni el cólera que acababa con todo aquello que había respetado el fuego de los rusos; hasta que al fin los soldados del zar, llevando sus ataques á la orilla izquierda del Vístula y acosando cada vez más de cerca á sus enemigos, llegaron á los arrabales de Vola y de Czysté. El 8 de septiembre de 1831, los rusos entraron en la capital polaca: «Señor, escribía Paskiewitch, Varsovia está á vuestros pies.»

Por muchos que hubiesen sido los errores, las disensiones y las locas temeridades de los vencidos, los excesos de los vencedores sólo dejaron lugar a una piedad inmensa. Polonia fué arruinada por las confiscaciones, despoblada por las deportaciones y diezmada por los suplicios, y los que lograron escaparse dirigiéronse hacia la Europa occidental, en donde, al verles entrar por las fronteras, pálidos, desnudos, muertos de hambre y llorando á la vez la pérdida de su familia, de sus bienes y de su patria, nadie tuvo valor para pedirles cuentas, ni para fiscalizar demasiado severamente sus palabras, y todo el mundo les consideró sagrados por la magnitud de su infortunio. Así se formó, dando crédito á relatos heroicos aunque algo embellecidos, la leyenda de la Polonia mártir que, al decir de todos, no debía morir. En ninguna parte fueron acogidos con más vivas simpatías que en Francia: la generosidad privada dedicóse á consolar á aquellos que lo habían perdido todo, á proporcionarles en nuestro propio suelo la ilusión de una segunda patria; y los poderes públicos consideraron como un honor asociarse á la aspiración general, así es que durante todo el régimen de Julio el mensaje de la Cámara de diputados repetía cada año la fastuosa cuanto impotente afirmación de que «la nacionalidad polaca no moriría jamás.»

Veinte años permaneció Polonia en aquel aniquilamiento, y aunque en 1855 el advenimiento de Alejandro II se tuvo por indicio de una era mejor, la realidad no correspondió á estas esperanzas. «Todo cuanto hizo mi padre está bien hecho,» dijo el nuevo zar al visitar por vez primera á sus nuevos súbditos; y luego, dirigiéndose á los representantes de la nobleza, les repitió varias veces: «Nada de desvarios, nada de desvarios.» Todas las concesiones se redujeron á unas pocas mejoras materiales y á una amnistía concedida con tantas salviedades que casi no merecía tal nombre. Los desgraciados polacos, viendo nuevamente desvanecidas sus esperanzas, volvieron á acariciar «los desvarios» que su príncipe quería proscribir. Poco tiempo después una circunstancia fortuita sometió su altivez á ruda prueba: en el mes de octubre de 1860, los soberanos de Prusia, Austria y Rusia, deseosos de discutir sus intereses comunes, escogieron Varsovia como punto de reunión, y como los vencidos son muy sentidos, fué grande su indignación cuando vieron que los monarcas de las tres naciones copartícipes en el reparto hacían ostentación de su pompa en medio de aquellos á quienes en otro tiempo habían despojado. Con tal motivo circuló clandestinamente por Varsovia un dibujo que representaba tres buitres encarnizándose en un cadáver. A todo esto, llegaban de fuera toda clase de excitaciones: eran aquellos los tiempos en que Italia terminaba su unidad y Garibaldi, vencedor de las tropas napolitanas, remontaba los caminos de la Calabria, y en que en todas partes se hablaba de nacionalidades que se reconstituían y de grupos antiguamente disueltos que intentaban unirse de nuevo. En medio de las ruinas había crecido una nueva generación á quien seducían tanto como espantaban los relatos del pasado. Nada había dispuesto para un alzamiento armado y nadie fué entonces bastante temerario para provocarlo; en cambio, estaba preparado todo para manifestaciones que habían de afirmar una vez más la vitalidad de una raza que no se resignaba á perecer.

Siéntome perplejo al tratar de referir los sucesos que después ocurrieron, tan extrañas fueron las demostraciones de aquel pueblo singular en todo, hasta en su heroísmo. «Dios está demasiado alto y Francia está demasiado lejos,» dice un proverbio polaco; y los que no podían aproximar la Francia intentaron, á fuerza de súplicas, hacer descender á Dios hasta ellos. Aquella nación que aspiraba á la libertad empezó, no con manifestos ni amenazas, sino con oraciones: tenía aniversarios memorables, aniversarios de sus revoluciones ó de sus batallas, de sus grandezas ó de sus locuras, pues en Polonia no hubo heroísmo que no estuviera mezclado con insensateces, ni locura que no se manifestara por heroicidades; y pensó celebrar aquellas fechas con ritos religiosos que enseñaran á las víctimas á recordar y significaran para los vencedores una especie de reproche pacífico, ardiente y suave. Los puntos de reunión habían de ser las iglesias; los guías, los curas; los emblemas, las banderas, y el único ruido que produciría la multitud, el de los cantos nacionales autorizados por la antigua liturgia. El 25 de febrero era el aniversario del combate de Grochow; la víspera unos pequeños anuncios pegados furtivamente en las esquinas de las calles invitaron al pueblo á reunirse al día siguiente en el mercado viejo y á encaminarse á la iglesia cercana para orar por los difuntos. Una multitud inmensa respondió á aquel anónimo llamamiento, y después de celebradas las ceremonias religiosas, la comitiva recorrió la ciudad, sin más armas que sus banderas y sin más tumulto que el estribillo de los cantos patrióticos: «¡Dios santo, Dios todopoderoso; devolvednos nuestra patria!» cantaban millares de voces. El príncipe Miguel Gortschakoff, el defensor de Sebastopol, era gobernador del reino y había resuelto tolerar lo que podía degenerar en sedición, aunque todavía no lo era; había, sin embargo, en aquella misma calma algo amenazador y que presagiaba tormenta. El jefe de policía se encontró con aquella aglomeración de gente, y no habiendo podido abrirse paso por entre la misma, lanzó dos escuadrones de caballería contra la muchedumbre desarmada; los manifestantes cayeron de rodillas sin interrumpir sus cánticos, y cuarenta muertos ó heridos quedaron tendidos en la calle. A los dos días, otro aniversario sirvió de pretexto para una nueva manifestación, en la que también intervino la policía, resultando de la agresión de ésta diez muertos y sesenta heridos. Los polacos, que no se desconcertaban ante las amenazas ni ante la muerte, condujeron el día 2 á la iglesia de Santa Cruz los restos de las víctimas, y luego, en número de más de cien mil, acompañaron los féretros hasta el cementerio, después de lo cual regresaron á sus casas y se vistieron con ropas de luto que ya no habían de quitarse.

Los rusos, que más adelante habían de exasperarse hasta el punto de ser implacables, tenían entonces más deseos de paz que de conflictos. Miguel Gortschakoff había seguido con profunda ansiedad las peripecias de los últimos días: soldado y súbdito fiel á su señor, habría trabado una batalla sin inmutarse; pero aquella reprobación sombría, sin barricadas, sin tiros, sin gritos sediciosos le trastornaba, y sentíase desarmado ante quienes se obstinaban en no defenderse. El momento era favorable para las concesiones porque no estaba empeñado ningún amor propio y lo que no se habría

concedido á súbditos rebeldes podía otorgarse sin dificultad á aquel pueblo altivamente recogido que no pedía sino de rodillas. Los polacos más respetables firmaron un mensaje al emperador reclamando el restablecimiento de las instituciones nacionales, mensaje que fué transmitido á San Petersburgo. Alejandro, liberal por convicción y bondadoso por naturaleza, era digno de escuchar aquel lenguaje; y quedando, como quedaban, á salvo sus derechos soberanos, no podía dudarse de sus humanitarios sentimientos. Desgraciadamente en los consejos del imperio se contemporizó; además calificáronse con aspereza los últimos incidentes, y se quiso, al parecer, tratar como rebeldes á aquellos á quienes habría sido político considerar todavía simplemente como suplicantes. Al fin, en 26 de marzo publicóse un ukase que contenía notables reformas: establecíase en el reino un Consejo de Estado; dotábase á Varsovia y á las principales ciudades de Polonia de consejos municipales elegidos; creábanse en cada gobierno y en cada distrito asambleas deliberantes constituidas también por elección; y, finalmente, se instituyó una dirección especial de instrucción pública y de cultos, nombrándose para este importante cargo á un polaco adicto á Rusia, el marqués de Wielopolski. Este programa, bastante amplio y concebido dentro de un espíritu bastante generoso, podía, aunque tardamente, ser el punto de partida para una situación mejor; pero muy pronto una medida funesta paralizó todas las manifestaciones de aquella voluntad más clemente. Existía desde hacía mucho tiempo en Polonia con el nombre de *Sociedad agrícola* una asociación que comprendía todos los elementos más ilustrados y más inteligentemente patriotas del país. Esta sociedad había agrupado todos los restos de la vida pública y llegado á ser la verdadera representación nacional, y al frente de ella figuraba el conde Andrés Zamoyski, personaje de ilustre cuna y tan honrado en Europa como respetado en su patria. Ahora bien, seis días después de la publicación del ukase, un decreto declaró disuelta aquella asociación.

Esta noticia hizo dar al olvido todas las recientes promesas para no pensar más que en la injuria después de ellas inferida, y el día 7 de abril comenzaron en la plaza del Castillo las manifestaciones, que continuaron durante el día 8; y habiéndose presentado Gortschakoff ante la muchedumbre preguntando qué deseaba: «Queremos nuestra patria,» respondió á una la multitud. La plaza estaba militarmente ocupada, pero todavía no había corrido la sangre, cuando de pronto acertó á pasar por allí un postillón que, fuese por casualidad, fuese premeditadamente, tocó con su trompa el canto de las legiones de Dombrowski. Inmediatamente los manifestantes se arrojaron y repitieron el himno famoso, y aquel incidente determinó la colisión, pues los soldados, creyendo que se les provocaba, dispararon sus armas é hicieron repetidas descargas contra aquella multitud que seguía rezando, causándole cincuenta muertos y muchos centenares de heridos. Al día siguiente no se vió por las calles de Varsovia un solo transeunte que no vistiera de luto. La autoridad rusa declaró facciosos aquellos trajes y reglamentó los colores, las formas de los vestidos y hasta los adornos de las mujeres, comenzando entonces una lucha mezquina y exasperante entre los agentes de policía que querían proscribir toda señal

exterior de pena y el pueblo obstinado en manifestar públicamente su dolor. En el fondo, los dominadores estaban casi tan turbados como las víctimas, y el valiente Gortschakoff, acostumbrado á otros combates, permanecía durante todo aquel tiempo encerrado en su palacio, desesperado por su sombría victoria. Un mes después falleció, perseguido, según se dijo, hasta en su agonía por la imagen de mujeres enlutadas que reclamaban su patria y á cuya visión pertinaz no lograba abstraerse.

Inicióse entonces un largo período de triste confusión, de voluntades contradictorias, de acontecimientos trágicos, durante el cual Rusia agravó su yugo con el general Souchozannett y luego trató de suavizarlo con el general conde Lambert. Opresores y oprimidos se exasperaban mutuamente, y la hostilidad reinaba en todas partes sin que se la viera concretada en ninguna. Los servidores del zar, acostumbrados á vencer los obstáculos materiales, pero impotentes contra aquellas almas tenaces y ávidas de sacrificios, perdían la visión clara de las cosas, se extraviaban en toda clase de caprichosas torpezas y unas veces apelaban á palabras conciliadoras y otras recurrían á los peores medios de represión. Los polacos, en tanto, no habían olvidado sus aniversarios: el 15 de octubre de 1861 se cumplían años de la muerte de Kosciusko, y aquel día, desde por la mañana, el pueblo acudió á la catedral de San Juan y á la iglesia de los Bernardinos. Mientras los fieles cantaban sus himnos al pie de los altares, la tropa se desplegó alrededor de los templos cercándolos; y cuando terminaron los divinos oficios, la multitud se negó á salir si antes no se retiraba la fuerza pública. Hubo obstinación por una y otra parte y entonces empezó una especie de sitio inaudito que duró diez y siete horas, durante las cuales los rusos permanecieron sobre las armas y la muchedumbre amontonada en el santuario, unos y otra sin comer y sin descansar. En la madrugada del 16, el asilo que se creía inviolable fué profanado, y los soldados, al penetrar en las iglesias, hicieron sentir el peso de su mano á los que rezaban, y se asegura que se llevaron presos á la ciudadela á dos mil individuos. Una gran consternación se difundió por toda la ciudad; y ¡cosa extraña!, no fué menor la confusión en el palacio del gobierno: el comandante militar, general Gersteinweg, que era quien había dado aquellas órdenes feroces, habíase suicidado, disparándose un pistoletazo, por haberle el conde Lambert reprochado tales excesos. Este último abandonó Varsovia para siempre. En el entretanto, el administrador de la diócesis mandó que permanecieran cerradas las iglesias hasta que fuesen purificadas. En estas circunstancias, hízose cargo del gobierno el nuevo teniente del emperador, el general Luders, que se presentó como agente de represión; y así terminó el año 1861. Seis meses después, el zar, siempre vacilante en su conducta, se inclinó nuevamente á la conciliación y nombró virrey de Polonia al gran duque Constantino, que llevó á Varsovia promesas de clemencia; pero desgraciadamente las resoluciones no correspondieron á las palabras. En efecto, mientras se firmaba una petición solicitando una administración nacional, no sólo para el gran ducado, sino también para las antiguas provincias en otro tiempo segregadas del reino, el inspirador de aquel programa, el conde Zamoyski, fué llamado á San Petersburgo y luego desterrado; y este acto de ostracis-

mo destruyó la renaciente esperanza en un porvenir más tolerable.

Pero aun en medio de aquella perturbación subsistía la paz exterior; acercábase, sin embargo, la hora en que una injustificable temeridad del gobierno ruso había de hacer estallar el espíritu de rebelión, que hasta entonces se había contenido. Durante largos años Polonia había soportado dolorosamente el peso de las quintas, y de sus hijos, diseminados en las lejanas guarniciones del imperio, muy pocos habían regresado á sus hogares. Desde la guerra de Crimea no se había hecho ninguna leva, y además en 1859 habíase dictado una ley que organizaba el sorteo é introducía en la legislación militar algunas de las reglas establecidas en los demás pueblos de Europa. La juventud polaca podía dividirse en dos clases: una, la de los aldeanos, sometidos á su trabajo, pasivamente resignados y deseosos tan sólo del mejoramiento de su suerte material; otra, la juventud de las ciudades, exaltada por toda suerte de apasionamientos, semi-místicos y semi-revolucionarios, y dispuesta á todas las manifestaciones que afirmaran la independencia. Si podía llevarse á cabo una leva militar, prescindiendo de las reglas nuevas y por medio de designaciones que, no dejando nada al azar, escogerían de antemano los reclutas, ¡qué ocasión tan propicia para sacar de Polonia á todos los enemigos del zar! En otoño de 1862 fué adoptada la resolución, pero era tal su carácter de violencia que su ejecución quedó en suspenso durante varios meses; mas al fin, en los comienzos de 1863, creyóse conveniente no esperar más, y he aquí lo que sucedió en Varsovia en la noche del 14 al 15 de enero.

Entre «una y ocho de la mañana» (así dicen los relatos oficiales) los agentes de policía, auxiliados por la fuerza armada, penetraron en las casas de antemano designadas para proporcionar soldados al zar. Habían sido preferentemente escogidos, según se confesó más adelante, todos los que se habían distinguido en los últimos disturbios, y los polizontes se apoderaron de aquellos jóvenes ó, en defecto de éstos, de sus padres, siendo todos ellos conducidos, en las sombras de la noche, á la ciudadela. Y lo que sucedió en la capital aconteció también en las principales ciudades del reino. La autocracia, después de haber dado este gran golpe, juzgó ingenioso encomiar la calma de la población y, ¡quién lo creyera!, la placentera solicitud de las víctimas. «De treinta años á esta parte, decía el *Diario oficial* de Varsovia, nunca se había realizado el reclutamiento tan cómoda y fácilmente. Los quintos, encerrados en la ciudadela, estaban contentísimos y demostraban su alegría por ingresar en esa *escuela de orden*, en el ejército, y reanudar en ella una vida activa y sería después de tantos años pasados en el desarreglo de ensueños perniciosos.»

En el momento en que un publicista asalariado escribía estas líneas, muchos de aquellos para quienes habían sido escritas habíanse substraído á la suerte que se les preparaba; efectivamente, todos los que habían podido escapar á la *razzia*, todos los que se creían amenazados, habíanse lanzado al campo como fugitivos, formándose de este modo varias partidas, aunque sin armas, sin recursos y expuestos á los rigores del clima. En los días siguientes, contra lo que era de esperar, esas partidas aumentaron y aun hubo algunas escaramuzas

en las que vencieron fácilmente los rusos; pero los vencidos se dispersaron para volver á juntarse un poco más lejos. Los nuevos *outlaws*, que este es el nombre que mejor les corresponde, interceptaban los convoyes, levantaban los rieles de los ferrocarriles y cortaban los alambres telegráficos; y cuando se veían perseguidos muy de cerca, refugiábanse en los bosques, en donde la naturaleza de los lugares y la inmensidad de los espacios hacían sumamente difícil su captura. De lo que más escasos andaban era de armas, pues sólo tenían hoces, picas y escopetas de caza, lo cual constituía una gran ventaja para los rusos, que les causaban crueles pérdidas con muy poco peligro. En el curso ulterior de la campaña, esa inferioridad fué la que paralizó todos sus éxitos. Al principio, la sublevación, aunque más grave de lo que al pronto se creyera, estaba todavía muy limitada y los únicos que en ella tomaron parte eran obreros, artesanos huídos de las ciudades, pequeños propietarios, empleados de poca categoría, algunos hidalgos de posición modesta y también algunos sacerdotes. A fines de enero apareció el primer manifiesto de un comité nacional que se constituyó en Varsovia y cuya dominación anónima no es una de las menores extrañezas de aquella insurrección extraña; y á principios de febrero, los rusos hubieron de confesar lo que hasta entonces habían negado, á saber, las vastas proporciones de la rebelión. Las partidas, que habían aumentado de un modo sorprendente y se hallaban menos mal provistas de armas, comenzaron á sostener una verdadera campaña y hasta consiguieron algunas victorias. La más numerosa de todas se componía de 8.000 hombres y era además la más terrible por la ventaja de su posición, porque la vecindad de Galitzia le permitía proveerse de pólvora, de fusiles, de municiones, es decir, de todo aquello que en otras partes sólo á costa de trabajos inauditos hubiera podido proporcionarse. Su jefe era un polaco de origen, ausente del reino desde hacía mucho tiempo, y que acababa de llegar de Italia con algunos compatriotas; se llamaba Langiewicz.

II

Mucho tiempo hace que el nombre de Polonia ha perdido el atractivo mágico que antiguamente ejerciera, y parece como que la Providencia ha dictado su fallo definitivo y que los mismos polacos, felices materialmente, se han doblegado á su destino. Pero sean cuales fueren estas variaciones de las cosas, el tiempo, al modificar nuestros pensamientos, no ha podido quitar importancia á los sucesos que relatamos: el interés no se ha debilitado, sino que se ha generalizado, y actualmente, ilustrados como estamos por todas las posteriores enseñanzas, al través de la Polonia vemos á Europa. La guerra que estalló en el gran ducado de Varsovia nada nos importa desde el punto de vista del resultado de la lucha; pero en cambio nos interesa por la perturbación que introdujo en las alianzas, y por el relajamiento ó la ruptura de amistades que comenzaban á cimentarse. Bajo este concepto aparece fuertemente adherida á la trama general de la historia contemporánea, con la que se enlaza además por las facilidades que proporcionó á los que desde aquella época espían las complacencias de Europa, á fin de aprovecharse de ellas.

Bismarck, de quien siempre habremos de hablar en lo sucesivo, fué el primero en entrar en escena en los asuntos polacos: con atenta solicitud había observado todas las fases de la crisis, siguiéndolas con el doble interés de un copartícipe cuidadoso de la defensa de sus derechos y de un ministro siempre vigilante para impulsar su fortuna. Una previsión, aun no pasando de mediana, autorizaba la creencia de que de las cancillerías de las potencias europeas partirían algunas observaciones favorables á la nación vencida; y grande sería la habilidad del gabinete de Berlín si ofrecía al zar su más caluroso concurso en el preciso momento en que los demás Estados se extenderían en consejos arrogantes ó molestos. Este procedimiento tendría sobre todo valor por el contraste y sería de aquellos que no se olvidan; y los intereses comunes de Prusia y Rusia, cada una de las cuales detentaba una parte de las antiguas provincias polacas, ofrecían un pretexto natural para justificar una negociación aparte. Doce días después del fatal reclutamiento de Varsovia, un ayudante del rey Guillermo, el general Gustavo de Alvensleben, recibió la orden de marchar á San Petersburgo y de insistir cerca de aquella corte sobre la solidaridad de ambas potencias, sobre los peligros que corría el orden público y sobre la necesidad de una acción concertada.

El negociador, apenas llegado á San Petersburgo, había sido recibido por el zar y había encontrado á éste muy desengañado de todas las tentativas de conciliación respecto de Polonia; esto no obstante, decía Alvensleben, como el marqués Wierpolowski gozaba todavía del favor de Alejandro, su influencia podría aún producir un cambio en el curso de las ideas imperiales. El embajador prusiano, en su memoria, llamaba con insistencia la atención sobre aquel estado de ánimo del soberano, porque uno de los principales temores que en Berlín se abrigan era que el emperador se reconciliara con sus súbditos polacos y reconstituyera de este modo la unión de todas las razas eslavas, con grave detrimento de las influencias germánicas. El general, presentándose como mensajero de amistad, había ofrecido de parte del rey, su señor, la ayuda más leal y más desinteresada; la proposición había sido aceptada, bien que con alguna sorpresa, ya que Rusia no creía estar tan enferma; y de aquella entrevista entre el monarca y el emisario había salido el proyecto de un tratado que, en medio de los disturbios presentes, garantizaba la seguridad de ambos Estados. La conferencia se había celebrado el día 6 de febrero, y el 8 el príncipe Gortschakoff y Alvensleben habían firmado el documento, el cual decía en substancia que en los límites de ambas naciones los jefes prusianos y rusos podrían prestarse mutuo auxilio y en caso necesario pasar la frontera para perseguir á los rebeldes. Para velar por el cumplimiento del tratado pactábase el nombramiento de un Estado mayor escogido entre los oficiales de los dos ejércitos.

La diplomacia vióse sorprendida por el precipitado viaje de Alvensleben; pero justo es decir que en seguida adivinó el objeto del mismo. Y cuando la noticia del convenio se divulgó, ni los rusos ni los prusianos lo disimularon, procurando únicamente restringir su significación y sobre todo quitarle todo carácter político. Haciendo el Sr. Drouyn de Lhuys pedido explicaciones al Sr. de Goltz, éste respondió que el objeto del tratado

era mantener la seguridad de las relaciones comerciales é impedir el saqueo de las cajas de la aduana (1). En idénticos términos se expresó el Sr. de Bulberg, embajador del zar en París; y Bismarck, por su parte, no empleaba otro lenguaje, aduciendo consideraciones comerciales, negando los alardes militares de que comenzaban á ocuparse ciertos periódicos y afirmando que la negociación se había inspirado sólo en motivos de policía y en la preocupación de conservar el orden en las provincias polacas de la monarquía prusiana.

Pero, por más seguridades que daban Prusia y Rusia, costábales gran trabajo á las cortes de Londres, de Viena y de París creer que aquel tratado, cuya existencia se confesaba y cuyo texto nadie había visto, fuese cosa indiferente ó inofensiva. Lord John Russell, jefe del *Foreign Office*, puso gran empeño en obtener una copia del tratado, y no pudiendo lograrla, reunió todo cuanto sus agentes le decían, y fundado en estos informes y en las confesiones recogidas en Berlín y en San Petersburgo, censuró públicamente la política del rey Guillermo. Iguales censuras mereció el tratado por parte de Austria, en donde el presidente del ministerio, Sr. de Rechberg, manifestó que la calma de Galicia hacía inútil el alarde de fuerzas desplegado por Prusia, la cual había puesto en pie de guerra tres cuerpos de ejército (2), cuando al gobierno austriaco le bastaban doce mil hombres para guardar sus provincias polacas. Pero en donde más claramente se mostró la reprobación fué en París. El 17 de febrero, el Sr. Drouyn de Lhuys, en un despacho dirigido al Sr. de Talleyrand, representante de Francia en Berlín, protestó muy enérgicamente contra lo que calificaba de «resolución precipitada de Prusia.» «El tratado, añadía, al abrir la frontera á las tropas de ambos países, implica una cooperación militar en un radio vagamente definido... El mayor inconveniente de la política prusiana es evocar la cuestión polaca: hasta ahora la insurrección era local, pero desde el momento en que interviene en el conflicto el gabinete de Berlín, éste no sólo acepta la responsabilidad de las medidas represivas adoptadas por Rusia, sino que además despierta la idea de una solidaridad entre las poblaciones de la antigua Polonia y parece invitar á los miembros separados de esta nación á oponer su unión enfrente de la de los gobiernos.» La crítica que con cierta amargura acababa de formular el ministro de Negocios extranjeros, reprodujola tres días después, en forma de contristado reproche, el emperador, quien, habiéndose encontrado al Sr. de Goltz, le dijo: «Ya sabéis cuánto deseo mantener relaciones amistosas con Prusia. Si Austria hubiese cometido la falta que acabáis de cometer, habríame sido indiferente; pero me aflige en extremo que sea Prusia la que emprenda este camino (3).» El 21 de febrero, el gobierno francés, obrando ya abiertamente, propuso á Viena y á Londres la redacción de una *nota idéntica* que fuese una protesta de las tres potencias contra la política seguida en Berlín; pero Inglaterra y Austria se negaron á asociarse á este proyecto,

(1) Despacho del Sr. Drouyn de Lhuys al Sr. de Talleyrand, de 19 de febrero de 1863 (*Monitor*, 16 de marzo de 1863).

(2) Lord Bloomfield á lord Russell, 12 de febrero (*Correspondence respecting the insurrection in Poland*, pág. 31).

(3) Véase Enrique de Sybel, *Die Begründung des deutschen Reiches durch Wilhelm I*, tomo II, pág. 512.